

# Pesada Tarea Para el Ejército

(El Mercurio, Santiago)

LA situación interna de Argentina no puede menos que causar inquietud a quienes, por razones de proximidad geográfica, antecedentes históricos comunes y amistad tradicional, se sienten ligados a su destino. Una ola de violencia que, lejos de atenuarse, va creciendo de día en día pone en duda la capacidad de las instituciones de ese país para resistir las tensiones a que se ven sometidas. Los muertos suman centenares; grupos privados, de extrema izquierda y derecha, están tomando la ley en sus manos y ejecutando a quienes consideran enemigos. Por el momento, las autoridades parecen impotentes para enfrentar el desafío del terrorismo desatado.

Argentina ha estado a la deriva en lo político, económico y social desde que el peronismo retornó al poder en marzo de 1973. Héctor Cámpora fue Presidente tan sólo dos meses. El general Perón murió a los diez meses de ser elegido. La decisión peronista de llevar como candidato a la vicepresidencia a la esposa del caudillo, depositó el gobierno en manos que no podían llevarlo con experiencia.

Por catorce meses la señora Estela Martínez viuda de Perón intentó conducir uno de los países más importantes pero más inestables de América Latina. El resultado fue negativo para la salud de Argentina y la suya propia.

Detrás de esa sucesión de cambios está el hecho indiscutible de que el peronismo no fue nunca un movimiento coherente capaz de sobrevivir a su creador. Durante el largo exilio de Perón, que duró más de diecisiete años, se agruparon alrededor de su nombre elementos disímiles que sólo se unían por su disconformidad con la situación reinante.

Mientras la violencia política crecía y los asesinatos se sucedían de día en día la economía también se desintegraba. La inflación argentina marcha actualmente a un ritmo impresionante de más de 150 por ciento anual, en un país que no ha sufrido ni convulsiones internas graves ni la destrucción de sus equipos de producción.

Las fuerzas armadas, que debieron gobernar durante largos periodos haciendo frente al fantasma del peronismo, se muestran renuentes a tomar otra vez la responsabilidad. Los partidos políticos están desacreditados y la población no encuentra a dónde volverse. En esas condiciones la violencia ha adquirido su máxima expresión.

El factor más inquietante no sólo para Argentina sino para

sus vecinos ha sido el establecimiento de un foco guerrillero en la provincia de Tucumán, que viene sosteniéndose desde hace meses y ha llegado a contar con centenares de combatientes. Mientras tanto, en el resto del país los atentados se suceden con audacia cada vez mayor. El alzamiento extremista cuenta con el apoyo declarado de los grupos terroristas de otros países latinoamericanos, cuyos miembros, incapaces de actuar en sus propios territorios, colaboran en los atentados.

El cuadro es sombrío y tiene que preocupar al continente entero. El único elemento alentador es la decisión anunciada por el Ejército de hacerse cargo de la lucha contra los guerrilleros, que anteriormente había sido conducida por la policía. En circunstancias parecidas, los tupamaros uruguayos, que habían actuado con aparente libertad, fueron dominados cuando los militares tomaron el control de la acción en su contra. La tarea que el ejército argentino ha aceptado es dura e ingrata, pero necesaria si se quiere que el país conserve su cohesión interna.